

# Monstros Inconcebibles

Ivan Vionnet



# Capítulo 1

Un terciopelo negro velado por la luz de la luna, tapizaba el mundo de juncos y matajos que se abría tras los vidrios empañados de mi ventanilla. Si las circunstancias hubieran sido otras, frente al crudo invierno campestre hubiera encendido la calefacción del auto. Pero las circunstancias eran las que eran, por lo que no podía arriesgarme a encender el coche. Estaba abrigado hasta el cuello, con mis guantes, bufanda y gabardina, mientras veía a mi aliento evaporarse al salir de mi boca, solo iluminado por la luna llena que me saludaba burlona detrás del parabrisas.

Aquella semana cumpliría tres años como parte de las fuerzas federales. Como de costumbre, no podía ser peor momento para celebrar. Llevaba un mes tras la pista de un individuo sospechado de homicidio múltiple, secuestro, y violencia doméstica.

Según los médicos y psiquiatras forenses, el sujeto en cuestión, Bartolomeo Peruchi de 45 años, amoroso padre y trabajador ejemplar sin antecedentes penales, habría asesinado brutalmente a su esposa e hija menor (una niña de tan solo 8 años de edad) en medio de un brote psicótico, una noche de sábado 3 de julio. Tras cometer el crimen, Peruchi habría tomado a su hijo mayor como rehén, y se habría dado a la fuga en un auto robado. Pero ahora lo tenía acorralado.

Había rastreado la matrícula del auto hasta hasta un pueblucho en medio de la nada, donde este había sido abandonado. Finalmente, tras una extenuante y por demás estrambótica investigación, logre dar con su escondite. Debo confesar, que el despliegue de profesionalidad, determinación, y sagacidad que demostré durante aquella investigación, me eran impropios en la cotidianidad de mi trabajo.

No, no fue mi vocación o el sentido del deber aquello que me impulsó a seguir despierto durante las largas noches de vigilia. Lo que me movía mientras revisaba uno por uno los papeles que se amontonaban cada vez más sobre mi escritorio, buscando pistas, nombres, fechas, o cualquier cosa que pudiera darme una idea de su paradero, era el propio Peruchi. En verdad, llegué a obsesionarme con ese sujeto.

Testimonio a testimonio, documento a documento, cada vez que aprendía algo nuevo sobre ese tipo, lo comprendía un poco mejor.

Entendía a Bartolomeo, el trabajador honesto, que llegaba a casa después de un día duro y aun conservaba fuerzas para jugar unas horas con sus hijos. Que llevaba todas las mañanas a sus hijos al colegio. Un hombre, que aun después de 23 años de matrimonio, seguía llevándole flores a su

mujer sin ningún motivo en especial.

Si, entendía ese sujeto... pero después estaba Peruchi, el monstruo que había arrancado la mandíbula de su esposa, para luego desfigurar lo que quedaba de ella a base de golpes y arañazos, dejando atrás un manojito irreconocible de carne sanguinolenta sobre los mosaicos de la cocina. Un enfermo que había mordido la mano a su propia hija hasta desprenderla de su brazo, antes de romper sus costillas y perforar sus pulmones, para que la pobre niña sufriera una muerte lenta, mientras se ahogaba con su propia sangre.

Sin importar el ángulo desde donde se los viera, esos dos individuos no parecían ser el mismo. Y aun así todas las pruebas estaban en su contra.

Aparentemente, la esposa se había defendido del agresor a punta de cuchillo, y consiguió asestarle una puñalada, regando así la escena del crimen con su sangre. Las muestras de ADN obtenidas de esta sangre, coincidían con el perfil genético de Peruchi. Y numerosos testigos aseguraban haberlo visto huir de la casa empapado de sangre, con su hijo en brazos. Y es que aun así, no dejaba de empatizar con él.

Cada maldito detalle de ese escabroso caso, me robaba el sueño como una pesadilla recurrente, donde hasta el más cercano de mis afectos... donde hasta yo, podría despertarme un día convertido en un monstruo. Pero la pesadilla se acababa allí. Esa misma noche pondría un alto a aquel enfermizo juego del gato y el ratón, que tantas vigiliadas me había costado.

Peruchi se escondía desde hacía días en un viejo cementerio abandonado, en las afueras de aquel pueblucho que mencioné. Según mi investigación tenía a su hijo encerrado en alguno de los antiguos mausoleos. Aprovechando la seguridad de la noche, yo mismo rescataría al "rehen" y luego mi escuadrón se ocuparía de Peruchi.

De nuevo, no era ni el valor ni la justicia lo que me guiaba mis acciones, sino aquel inexorable deseo de comprender a ese hombre, que era dos y uno. Muy en el fondo, creía que si veía en él aquellas expresiones animales, que tantas noches había tratado de imaginar en su rostro mientras hacía lo impensable, que si lo enfrentaba, entonces, la posibilidad de que algún día yo pudiera ser él, desaparecería de mi mente como si nunca hubiera existido.

Volqué lo que quedaba en mi termo dentro de un vaso plástico. Mi última taza de café estaba fría, y la radio sonó antes de que pudiera terminarla. Era uno de mis hombres. Estaba haciendo de vigía, apostado en una colina. Me reportó que había movimiento en el cementerio. "Una luz" dijo.

Eso era justo lo que estaba esperando. Debíamos entrar en acción.

Mi coche estaba estacionado entre unos matorrales a unos 100 metros del cementerio. Mis subordinados estaban dispersos, vigilando todos los accesos a la zona. Yo estaba más cerca pero tenía menos visibilidad.

Mi plan era entrar al cementerio saltando uno de los derruidos muros de piedra y neutralizar a Peruchi mientras estuviese separado del niño. Luego lo rescataría y mis hombres trasladarían al asesino a la comisaria más cercana. Si algo salía mal, llamaría a mis compañeros pidiéndoles apoyo por la radio de bolsillo.

La primera parte del plan salió a la perfección. Ingrese al cementerio sin problemas. Un laberinto de tumbas y mausoleos olvidados, y pastizales descuidados, que habían crecido hasta cubrirme las rodillas.

Me había tenido que quitar los guantes para manipular mi pistola con eficiencia. El metal del arma estaba tan frío como el aire a mi alrededor. Los grillos no cantaban. Las lechuzas no ululaban. Mi respiración estaba agitada...yo estaba agitado.

Una nube solitaria ocultó la luna, y las penumbras fueron una vez más amas de la noche. Envuelto en la oscuridad, desde detrás de una de las paredes de uno de los mausoleos, me encontré por primera vez con el hombre a quien tanto había perseguido.

No hice ruido y Peruchi no se percató de mi presencia. Vestía un piloto amarillo y empuñaba una linterna con una mano temblorosa. Caminaba vacilante entre las tumbas, como si escapara de algo ¿Que lo tenía tan nervioso? ¿Se habría dado cuenta de que lo teníamos rodeado? Si era así tenía que confrontarlo de inmediato.

“¡Las manos sobre la cabeza!” grite encañonándolo de frente a unos pocos pasos de distancia. El hombre se sobresaltó dando un pequeño grito y soltando su linterna.

Algo estaba mal. Ese tipo no era...su mirada no era...

...Aquel que estaba frente a mi, era un hombre asustado, arrepentido, humano. Tan humano como yo... y eso no me gustaba ¡No me gustaba nada!

Mis manos temblaron sobre mi pistola. Peruchi también tembló y lloró, con las manos obedientemente levantadas sobre su cabeza. Cada gesto que hacía, cada movimiento, gritaba inocencia y temor. Eso me daba asco. Me daba miedo.

Mis dedos seguían temblando sobre el gatillo. Quería disparar, pero sabía que no debía hacerlo. Una gota de sudor frío bajó a través de mi espalda. Trague saliva.

“¡AAAAAAH!”

El desgarrador alarido que rompió el silencio de la noche me tomo por sorpresa...jale del gatillo. Peruchi callo al suelo retorciéndose de dolor.

Acababa de herir a alguien que ya se había entregado. Sacudí mi cabeza ¿¡Que diablos estaba haciendo!? ¡No era tiempo de seguir perdido entre mis cavilaciones! ¡Debía concentrarme!

Hable por la radio pidiendo apoyo a mis compañeros, detallandoles el lugar donde se encontraba Peruchi. Con suerte lo llevarían a un hospital antes de que fuera demasiado tarde.

Lo más importante era ese niño. Aquel grito debía haber sido suyo. Por el sonido intuí que el mausoleo donde lo tenían encerrado no debía andar lejos. No me costo mucho encontrarlo. Era la única tumba con una pesada viga de madera obstruyendo la entrada.

La madera cedió con relativa facilidad y la oxidada puerta de hierro se abrió con un chirrido. Dentro el pequeño estaba acurrucado en un rincón, llorando sobre las palmas de sus manos encadenadas. Me acerque para consolarlo, para librarlo de sus cadenas, para decirle que todo estaría bien. Pero en ese instante, aquella nube solitaria descubrió la luna llena, y su blanca luz baño la bóveda fúnebre.

¿Le importaría si le hago una ultima confección? Mientras el hombre lobo desgarraba mi garganta con sus colmillos, me sentí aliviado.